

Hipócrates y á sus comentadores por razones muy poderosas, á mi ver: los preceptos hipocráticos son intrínsecamente buenos, dictados por un autor pagano, han sido examinados, discutidos y aprobados por los hombres mas sabios de todas las naciones durante el larguísimo período de dos mil trescientos años, sin que nadie los haya impugnado, lo que demuestra su absoluta conformidad con la sana razon y la eternidad de los principios de la moral. Además, he querido dar á conocer al Padre de la Medicina y ponerlo por modelo á mis discípulos, porque yo deseo que ellos sean tan sabios, tan justos, tan buenos y tan útiles, como él lo fué.

Aunque no han faltado críticos antiguos y modernos, que disputen sobre la autenticidad de algunos de los libros de Hipócrates, atribuyéndolos á sus ascendientes y descendientes; sin embargo, todos convienen en que en la colección hipocrática están consignados los dogmas y las prácticas de la escuela de Coos. Así es, que no hay inconvenientes en tomar los principios de la moral hipocrática de cualquiera de esos libros, cualquiera que haya sido su autor, porque si en ellos no asentó el Príncipe de los Médicos algunos de estos principios, materialmente no cabe duda en que los profesó y los enseñó en su escuela.

En cuanto á la parte histórica, no han faltado tampoco quienes impugnen á Sorano, Suidas, Tzetzes, biógrafos de Hipócrates, pretendiendo probar que el Padre de la Medicina no pudo haberse encontrado en Atenas cuando la desoló la peste, y aun algunos se han adelantado hasta negar la autenticidad del decreto de los atenienses. Yo en esta parte me decidí á seguir á Barthelemy y á César Cantú, porque en materia de historia me parece que son buenas guías.

Para hacer la traduccion del juramento de Hipócrates, y los demas pasages que tomé de sus obras, me valí del arbitrio de comparar cuidadosamente el texto griego con las traducciones latina de Gottlob Kiihn y francesa de Littré, procurando por este medio aclarar y fijar mejor el verdadero sentido de las palabras del original.

INTRODUCCION.

De todos los seres que pueblan este mundo, el hombre es el único que está dotado de libertad y de razon. Esta le dá el conocimiento del bien y del mal, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, y por necesaria consecuencia, las ideas de lícito é ilícito de meritorio y de punible; y aquella le dá la facultad de obrar de una manera ó de otra, ó de no obrar. Si el hombre no fuera libre, si tuviera que obrar siempre necesariamente, le seria la razon no solamente inútil sino perjudicial; porque no le serviría mas que para darle á conocer lo inconveniente y desatinado de las malas obras, sin tener el poder de dejar de hacerlas. De esto se infiere claramente que al hombre le fué concedida la razon para dirigir la voluntad. La razon dicta leyes á la voluntad y ésta está en el deber de cumplirlas; y si no las cumple obra contra la razon. En el hombre, así como la leyes físico-químicas están del todo subordinadas á las leyes vitales, así tambien deben los instintos de su naturaleza y su libre albedrío estar enteramente subordinados á las prescripciones de la razon y de la justicia; á no ser que, renunciando los privilegios que le dá su inteligencia, deje libre su voluntad, para obrar como los irracionales, y, entónces, hacerse digno de la pena correspondiente á su desacato. De este modo de ser, peculiar del hombre, se sigue un orden de cosas enteramente desconocido y extraño á los demas seres de la creacion, el orden moral. Los que filosóficamente han estudiado este orden de cosas, considerando las acciones humanas con relacion á las ideas primordiales de bueno y de malo, de justo é injusto, de lícito é ilícito, de meritorio y de punible, han creado una ciencia que han llamado Etica, es decir, la ciencia de las costumbres, que no es otra cosa mas que el orden moral explicado y reglamentado, por la filosofía. Así, pues, podemos definir la moral propiamente dicha: *La costumbre de obrar conforme á los preceptos de la razon.*

Todos los hombres de todos los tiempos, han sentido y

sienten en sí mismos la necesidad de ajustarse á las reglas de la moral: las leyes de todos los pueblos y los preceptos de todas las religiones están acordes en tomar por base la buena moral, aunque con mas ó menos pureza segun el grado de su ilustracion; y, no se pida mas, hasta los ateos confiesan que las acciones buenas son meritorias y las malas son punibles. Además, el hombre es sociable por naturaleza, nació con el instinto de sociabilidad mas desarrollado que ningun otro animal, pues ninguno forma sociedades mas numerosas y duraderas que él; y es incapaz de vivir y perpetuar su especie enteramente solo: tiene, pues, por una verdadera necesidad de su naturaleza, que vivir en sociedad. ¿Y cómo podria ser esto, si todos tuvieran el derecho de hacer cuanto quisieran, sin sujetarse á la razon? ¿Que reunion de hombres podria subsistir en donde el uno no estuviera obligado á respetar el derecho del otro? En suma, ¿puede subsistir la sociedad sin el orden? No, y mil veces no: luego la moral, que es el buen orden de las acciones humanas, es una necesidad para la sociedad y una obligacion natural del individuo. Tal es la ley natural á que todo hombre está sujeto, no por su voluntad, sino por condicion propia de su naturaleza; pues no se le ha dado la razon como un simple adorno, sino como una regla segura, á la que debe sujetar su conducta; y si quebranta esta regla, si no sujeta á ella su voluntad, y si obra contra la razon y la justicia, se hace reo de un delito y merecedor de una pena proporcionada al tamaño de su falta.

Todos los hombres están, pues, sin concurso de su voluntad, obligados á guardar la ley natural. De ellos el que se hace cristiano, al recibir la fé de Cristo, promete solemnemente guardar los mandamientos de Dios, es decir, que promete guardar la ley natural bajo su mas pura y mejor detallada forma; y entónces queda doblemente obligado á guardarla: porque la obligacion que contrae como cristiano ni invalida ni altera la que tiene como hombre, y si comete una falta, merece doble pena, porque quebranta su obligacion natural y su promesa religiosa.

Yo me supongo que los que me oyen saben bien cuales son sus deberes como hombres y como cristianos; y si no los

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

saben, deben saberlos, y están estrictamente obligados á inquirirlos, aprenderlos y guardarlos; por lo que me limitaré á hablar solamente de la moral Médica, esto es, de los preceptos que la razon y la justicia imponen al médico, para que debidamente desempeñe sus obligaciones profesionales.

OBJETO DE LA MEDICINA.

El objeto de la medicina es el hombre, si está sano para conservarle la salud, si está enfermo para restablecérsele, aliviarle los dolores y prolongarle la vida cuanto mas le fuere posible. No fué desconocido de los antiguos el verdadero objeto de la medicina, pues ya, mucho antes de Hipócrates, Lino y Orfeo la definieron: "Arte divino que apacigua los dolores, restituye con la salud la felicidad y los placeres y prolonga la vida." Así, pues, el médico tiene á su cargo cuidar de la salud y de la vida de los hombres; y la salud y la vida de los hombres son cosas verdaderamente sagradas, cosas demasiado grandes y respetables, que deben ser tratadas con la mayor atencion y cuidado; y que no siendo comparables ni vendibles, jamás deben ser objeto de interesadas especulaciones. De aquí es que la medicina ha de ser ejercida filantrópicamente, ha de ser la mas sincera expresion del amor del prójimo, debe ejercerse como una verdadera religion, como un verdadero sacerdocio, sin pensar mas que en hacer el bien á los hombres sin exceptuar ni á los criminales, ni á los enemigos, ni á nadie. El que lo haga así cumplirá con su deber y será tenido por bueno; y el que lo contrario hiciere, será un mal hombre, peor ciudadano é indigno de vivir en la sociedad. Ved el admirable modo con que San Lucas nos refiere en el capítulo X de su Evangelio la ingeniosa parábola del Samaritano, en la que se nos dá el precepto de la caridad, ejercida principalmente con los enfermos: "Y se levantó un Doctor de la ley, y dijo á Jesus para tentarle: ¿Maestro, qué haré para poseer la vida eterna? Y El le dijo: ¿En la ley que hay escrito? ¿cómo lees? El respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con tu corazon con toda tu

„alma y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento:
 „y á tu prójimo como á ti mismo. Y le dijo: Bien has res-
 „pondido: Haz eso, y vivirás. Mas el Doctor, queriéndolo-
 „se justificar así mismo, dijo á Jesus: Y quién es mi
 „prójimo? Y Jesus, tomando la palabra, dijo: Un hom-
 „bre bajaba de Jerusalem á Jericó y dió en manos de unos
 „ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle
 „herido, le dejaron medio muerto, y se fueron. Aconteció,
 „pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote,
 „y cuando le vió pasó de largo. Y así mismo un levita,
 „llegando cerca de aquel lugar, y viéndole pasó tambien
 „de largo. Mas un Samaritano que iba su camino, se lle-
 „gó cerca de él: y cuando le vió se movió á compasion. Y
 „acercándose le vendó las heridas echando en ellas aceite
 „y vino; y poniéndole sobre su béstia lo llevó á una venta,
 „y tuvo cuidado de él. Y otro dia sacó dos dineros y los
 „dió al mesonero, y le dijo: cuidamele: y cuanto gastares
 „demas, yo te lo daré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres
 „te parece que fué el prójimo de aquel, que dió en manos
 „de los ladrones? Aquel, respondió el Doctor, que usó
 „con él de misericordia. Pues vé, le dijo entónces Jesus,
 „y has tu lo mismo.”

Si sois cristianos debéis recibir esta historia evangélica como una enseñanza divina, como un precepto dado por el mismo Hijo de Dios; y si no lo sois, debéis ver la doctrina que encierra esta parábola, como dictada por un médico moralista de la escuela hipocrática, pues podeis negar á San Lucas, si quereis, la inspiracion divina y la autoridad que de ella emana; pero no podeis negarle su calidad de Médico, y Médico hipocrático, pues fué de la escuela alexandrina, única que habia en su tiempo, y, entónces, no habia para estudiar libros mas célebres y mas conocidos que los de Hipócrates. Así es que, cualquiera que sea vuestra creencia, bien puedo deciros con el médico Lucas: Id y haced siempre lo mismo que hizo el Samaritano, y no hagais jamás lo que hicieron el sacerdote y el levita.

EL MEDICO.

El médico por su voluntad se aparta del comun de las gentes y se coloca en la clase de los hombres públicos, los cuales deben dar el ejemplo de todas las virtudes, y se obliga á saber cuanto debe saberse para cumplir bien con sus deberes, y á ser siempre buen hombre y buen ciudadano, á costa de su tiempo, de su reposo, de sus comodidades, de su salud, de su vida y, si necesario fuere, de su honra. El que no tenga verdadera vocacion, el que no se sienta con fuerzas suficientes para llevar tal carga, debe renunciar sus pretensiones y emprender otra carrera que sea mas conforme con sus inclinaciones y sus gustos. El que quiera ser verdadero médico, médico filósofo, médico de la escuela hipocrática, verdadero sucesor del sábio y justo Anciano de Coos, pórtese como él se portó. Pero el que no piense así, el que esté tocado del inmoderado deseo de adquirir riquezas, el que aspire mas á buscar su propio bien que el bien de la humanidad, el que apetezca mas los pasatiempos y placeres que el ímprobo trabajo á que están destinados los que profesan el difícil arte de curar, no siga adelante, desista de la empresa, no adopte una noble profesion para deshonorarla, y mas bien que hacer un tráfico vergonzoso, é indigno con su talento y con las miserias humanas, dedíquese á otra cosa, vaya en buena hora á buscar tesoros en las entrañas de la tierra, vaya á emprender lucrativas especulaciones mercantiles, ó dese á los trabajos de la labranza ó á la cria de los ganados, que con los minerales, las mercancías, los frutos de la tierra y los animales podrá traficar y especular lícitamente, podrá ganar millones y proporcionarse una vida espléndida y llena de comodidades, cosas que de todo punto se niegan al médico: porque destinado al servicio de la humanidad, debe estar dispuesto á todas horas á prestar los auxilios de su arte á todo género de personas; sin que le quede mas tiempo de reposo que el que sus graves ocupaciones le dejen. Cualquiera otro tiene la libertad de escoger los mas adinerados para servirles y ser mejor pagado; el médico tiene que ser-

CAPILLA ALFONCINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L.